ASPECTOS LITERARIOS DEL "DIALOGO DE LAS COSAS OCURRIDAS EN ROMA", DE ALFONSO DE VALDES

POR

GIUSEPPE CARLO ROSSI

El contenido ideológico de la obra de Alfonso de Valdés (y aquí nos interesa de él solamente uno de sus dos famosos *Diálogos*), las circunstancias que le inspiraron y el ardor polémico que la enardecía, acabaron por hacer difícil, a través del tiempo, un examen efectivamente calmo y sistemático de la obra misma, desde el punto de vista literario y estético. Tan innumerables fueron los problemas que iban formándose en torno a la figura de aquel autor (empezando por aquel de reivindicar a él sus escritos: los cuales notoriamente habían sido atribuídos también a otros, como al hermano Juan), que la valuación que se ha ido efectuando de su obra, desde el punto de vista creador, aparece llena de lagunas y, de cualquier modo, desproporcionada —desfavorablemente desproporcionada— en comparación con la valuación de ella, desde el punto de vista de los motivos inspiradores y de las finalidades.

También hay que presumir que, junto al notable significado del contenido de tal obra, haya contribuído a dejar en una cierta penumbra la personalidad literaria de Alfonso de Valdés aquella no siempre disimulada amargura con la cual ha ido ocupándose de él a través del tiempo la crítica española tradicional (y por tradicional entendemos aquí la crítica española en su explícita e integral ortodoxia católica), tan autorizadamente representada, también a estos efectos, por don Marcelino Menéndez y Pelayo, acerca del cual nos entretendremos un momento a manera de ejemplificación. Ocupándose difusamente de *El erasmista Alfonso de Valdés* (1), y tocando con la sólita sorprendente información e intuición las circunstancias (seguras: probables, inciertas, contradictorias) de la vida de aquel humanista, desde que su nombre comparece por primera vez (en 1520, en tres cartas al humanista italiano Pietro Martire d'Anghiari) de mano en mano hasta la muerte, Menéndez y Pelayo nos le presenta, en efecto, en dos aspectos diferentes entre ellos. Por un lado, no titubea —en su siempre sólí-

(1) Es el título del capítulo II (págs. 123-163) del volumen III de la *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1947.

cito ahinco de objetividad, verdaderamente loable— a presentárnosle como "de índole afable y pacífica" (*op. cit.*, pág. 141) y, como tal, como hombre que encontró el favor de todos (así aparece a don Marcelino del examen del epistolario), a excepción de Juan Alemán y del Nuncio Baltassar Castiglione, en las circunstancias polémicas de la actitud de él con respecto al saqueo de Roma. Pero, por el otro lado, Menéndez y Pelayo no titubea en definirle, sin circunlocuciones —y ni siquiera con atenuaciones—, "un fanático erasmista, *Erasmiciorem Erasmo,* que participó de todos los errores de su maestro... y que nunca vió más que por los ojos del humanista roterodamense" (*op. cit.*, pág. 162) (2). Al lector de hoy seguramente le bastan estas pocas palabras para sentir la aspereza del juicio, entre cuyos renglones se lee la deploración, y hasta podríamos decir el rencor, de don Marcelino por aquello que le parece ser el complacimiento de Alfonso de Valdés, erasmista integral, por el saqueo de Roma, cuyo recuerdo —mezclado con execración para todos, españoles incluídos— llega aún a enojar al grande estudioso ("todavía se enciende la sangre al recordarlo, y más al oír a sus serenos apologistas", *op. cit.*, pág. 144); la consecuencia natural de esta deploración, o mejor de este rencor, es en don Marcelino la sarcástica constatación de la magnífica ocasión que el saqueo de Roma ofrecía a Alfonso de Valdés para hablar de castigo de Dios: "Vicios de la corte romana..., castigo de Dios..., nenesidad de reforma...: ¡qué tema más admirable para una amplificación retórica! ¡Qué ocasión más oportuna para insinuar suavemente algunas novedades teológico-erasmistas, sin despertar las sospechas del Santo Oficio y con aplauso de los cortesanos! El amigo de Erasmo no dejó perder la coyuntura e hizo una obra de propaganda, encaminada a hablar mal del Papa y de los clérigos, en son de defender al Emperador. Adoptó para ella la forma de diálogo, tan en moda en el Renacimiento, y de la cual había dado ejemplares y dechados Erasmo en los *Coloquios*" (op. cit., pág. 145).

Y después de esta risa amarga, don Marcelino, retomando su discurso interior después de la consideración hecha acerca de la moda del Renacimiento de los escritos bajo forma de diálogo y acerca de los

---

(2) No nos interesa aquí las relaciones de influencia entre Alfonso de Valdés y otros autores: sea Erasmo —por lo que se refiere al explotamiento de tal tema—, sea el agente imperial Francisco de Salazar, con sus cartas —por lo que se refiere a los hechos y a los episodios del saqueo de Roma—, sea Quevedo —también por lo que se refiere a ciertos particulares del saqueo, con consiguientes consideraciones, como, por ejemplo, aquella sobre la absurdidad de que las reliquias se multipliquen infinitamente—: ya se sabe que de tal cuestión se han ocupado, y tan detenidamente, tantos estudiosos, desde Montesinos, en la introducción a su edición del *Diálogo*, hasta Bataillon, en su fundamental trabajo sobre *Erasmo en España*.

méritos de Erasmo respecto a ellos, refiere un juicio estético sobre la obra de Alfonso de Valdés: "El *Diálogo* es tesoro de lengua" (*op. cit.*, pág. 146), pero inmediatamente después recae —como se diría— a hablar, y detenidamente, del contenido ideológico de ella, para añadir luego otra consideración (que aquí nos interesa), también fugaz: "No carece este *Diálogo* de animación dramática, ni son sus interlocutores sombras o abstracciones" (*op. cit.*, pág. 146). De esta manera, por todas las muchas páginas que dedica nuestro *Diálogo* (del cual distingue las dos partes, que llama "narrativa" y "apologética" —y se libra de esta última precisando que en ella "apenas hay un pensamiento ni una frase que no estén tomados de Erasmo, y bien se conoce que todo el arsenal teológico de Valdés eran los *Coloquios* y la Moria"—), don Marcelino intenta repetidamente examinarlo, también desde el punto de vista literario, pero —hecho muy curioso, cuya constatación es muy interesante— no logra hacerlo por mucho tiempo y sistemáticamente; y si una vez consigue insistir un poco más de lo habitual sobre el análisis estético, esto resulta totalmente confundido con el análisis del contenido del *Diálogo:* "Cierto que no valdría la pena recordar tales cosas si no caracterizasen una época y no las escudara la gallardía del lenguaje, que en Valdés es rico y flexible, a la par que vehemente y acerado. El estilo salva los libros, y bien se necesitaban todas sus galas para hacer tolerable tanta miseria y tanta prosa; una falta tan absoluta de sentido poético y delicadeza de alma; aquel no ver en Roma más que el dinero y los curiales, como quien tiene a la vista los libros de cuentas de la cancillería; aquel espíritu laico y positivo, y, sobre todo, la sangre fría con que en esta obra inicua se canoniza, o poco menos, el robo y el sacrilegio: y tiene el autor calma para burlas y recriminaciones, al ver asolada y destruída por fuerza de armas la cabeza del mundo cristiano, la Atenas del Renacimiento, el templo de las artes" (*op. cit.*, págs. 152-153).

* * *

Se puede tal vez estar de acuerdo con don Marcelino en ver en el *Diálogo* "falta absoluta... de delicadeza de alma", pero tal vez no todos estarán dispuestos a estar de acuerdo con él cuando ve en la obra "falta absoluta de sentido poético", naturalmente a condición de que se dé al adjetivo "poético" un sentido lato; ya que una lectura serena del *Diálogo,* en el sentido de aislar la narración de los argumentos y consideraciones (sin enjuiciar su mérito), nos parece que inspira una apreciación de la obra que adquiere tanto más relieve cuanto menos tal apreciación de ella ha sido hecho hasta ahora, por las circunstancias que arriba se recuerdan, sumariamente.

La preparación del *Diálogo in mente auctoris* —diríamos— despierta, en primer lugar, la atención del lector de hoy: el diálogo empieza con calma, según todas las reglas de un escritor seguro de sí; motivo sustancial y matices se disponen cada uno al propio lugar y cada uno —se siente— como parte de un todo, hasta que la máquina está hábilmente puesta en marcha; para tal fin sirve como instrumento uno de los dos personajes, el Arcidiano, quien comete la ingenuidad de conducir el discurso sobre quién "ha hecho más mal en la iglesia de Dios, que ni turcos ni paganos osaran hacer" (3), y esta ingenuidad da al otro de los personajes (que es el manifiesto intérprete del pensamiento del autor), Latancio, la posibilidad de echar eficazmente las bases de su habilísima y diplomática acción: "Mirad, señor Arcidiano: bien puede ser que estéis engañado echando la culpa a quien no la tiene. Entre nosotros, todo puede pasar. Dadme vos lo que acerca desto sentís, y quizá os desengañaré yo de manera que no culpéis a quien no debéis de culpar" (*op. cit.*, pág. 80).

La claridad cristalina de las ideas de relieve al estilo, la pericia consumada de las imágenes y de las formulaciones retóricas acentúa el revestimiento oratorio del cual Valdés se complace, como aparece ya al principio, con aquella sobreposición de interrogaciones y de exclamaciones, que se suceden por casi tres páginas densas en el relato que hace el Arcidiano del saqueo de Roma: su exposición hace pensar en una grande orquesta en la cual, uno después de otro, los instrumentos entran en acción, hasta que se da la impresión de un conjunto maestoso y que no es posible parar, en el cual el desastre, el sacrilegio, el horror parecen ser verdaderamente tan grandes que el Arcidiano tiene todo el derecho de maravillarse "como la tierra no se hunde con ellos (entiéndase: los saqueadores de Roma) y con quien se lo manda y consiente hazello" (*op. cit.*, pág. 82). Pero todo eso obviamente tiene sobre todo la función de permitir a Latancio una pronta respuesta con otro, y no menos eficaz, artificio retórico: "Yo no os quiero responder con passión como vos havéis hecho, porque sería dar vozes sin fructo" (p. 83); muy propio de quien luego pondrá tanta pasión —aunque velada— al expresarse.

Con otras palabras, la absoluta claridad de pensamiento se traduce en una absoluta claridad también de forma, que da al desarrollo del diálogo el sentido de una construcción perfecta, armónicamente ideada y realizada para su finalidad, que es el triunfo de Latancio; piénsese,

---

(3) Para las citas del *Diálogo* nos atenemos a la edición que de él ha hecho "La lectura" (Madrid, 1928), a cargo de José F. Montesinos.

por un lado, en el empeño de Latancio en que el Arcidiano no le quepan dudas o ignorancias ("solamente os pido que estéis atento y no dexéis de replicar quanto toviéredes qué, porque no quedeis con alguna duda", pág. 83), y por el otro, en la ingenuidad bien preparada (por el autor) del Arcidiano ("Dezid lo que quisiéredes, que yo os terné por mejor orador que Tulio si vos supiéredes defender esta causa", página 84) para que no falte verdaderamente nada al triunfo final de su antagonista...: de esta habilísima preparación sale efectivamente la formulación de la dúplice finalidad de Latancio: "lo primero que haré será mostraros cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho. Y lo segundo, cómo todo lo que ha acaecido ha seído por manifiesto juizio de Dios, para castigar aquella ciudad.

Después de eso, el razonamiento se encamina por una via derecha y se desarrolla con una lógica implacable (aquí ya no nos interesa seguir el razonamiento en sí, sino interesa observar cómo viene propuesto y conducido), que se sirve de instrumentos varios, pero todos literariamente (no menos que lógicamente) de igual importancia, sea que se trate del contraste (págs. 88-89), o de la insistencia (pág. 92), o de la alternación (por ejemplo, de interrogaciones con exclamaciones (págs. 94-98), agudezas técnicas en las cuales hay trechos que, aislados en sí mismos, viven de sugestiva vida propia y hacen pensar en páginas famosas de autores célebres; piénsese, entre todos, en aquel de la descripción de la Lombardía en paz (es decir, antes de que el Vicario de Cristo provocase guerra...) hecha por Latancio ("Quien vido aquella Lombardía, y aun toda la cristiandad, los años passados, en tanta prosperidad; tantas e tan hermosas ciudades, tantos edificios fuera dellas, tantos jardines, tantas alegrías, tantos plazeres, tantos passatiempos! Los labradores cogían sus panes, apacentavan sus ganados, labravan sus casas; los ciudadanos y cavalleros, cada uno en su estado, gozavan libremente de sus bienes, gozavan de sus heredades, acrecentavan sus rentas, y muchos dellos las repartían entre los pobres" —pág. 96—), que recuerda —sin pensar en otras— aquélla, también de la Lombardía, del principio del segundo diálogo *(Da religião)* de la *Imagem da vida crista* del místico portugués del siglo XVI Frei Heitor Pinto.

La claridad del razonamiento no impide naturalmente a Alfonso de Valdés a escribir a veces en un tono ambiguo, entre el serio y el sarcástico (4), también así el autor obtiene evidentemente ulteriores

---

(4) Por ejemplo, cuando los dos interlocutores exprimen su parecer acerca del gobierno temporal de la Iglesia. Dire Latancio: "No sabéis que en toda la

elementos de atracción para su modo de exprimirse: su habilidad aparece muy notable también en el modo como sabe disimular lo que se propone, por ejemplo, produciendo al servicio de Latancio el modo de pensar y de exponer del Arcidiano, a quien Latancio en sustancia no deja y no concede nada más allá de las formas, siempre cortesísimas.

* * *

La diferencia de formulación, y de contenido, de la segunda parte transfiere a otro plan el interés literario: se acentúan las agudezas estilísticas, se presentan como menos sencillos y primitivos los estados del alma. El mundo de las ideas, como se sabe, ha sido tomado prestado, en su conjunto, de otros, desde San Agustín hasta Erasmo, y la documentación lo fué —como ya se ha dicho— de cronistas del saqueo de Roma; pero Alfonso de Valdés parece ser también aquí dueño de sus medios de expresión. Adhiriendo a la nueva materia, el estilo asume efectivamente un rigor más áspero a menudo —diríamos— de ira contenida (¡contenida, pero no siempre y no demasiado...!), bajo el cual el autor se muestra menos preocupado —que en la primera parte— de disimular su desdén, y con menor escrúpulo en decir pan al pan y vino al vino, y en mostrar a Latancio de opinión decididamente contraria a la del Arcidiano (como cuando hablan de Lutero, en las páginas 131-132), a quien más bien deja más de una vez tomar la iniciativa de las reprensiones contra errores de la Iglesia, con innegable efecto también artístico para el lector. Y hay también en esta segunda parte páginas de plástica eficacia y de rara potencia estilística, como aquellas de la avidez y la codicia que señorean el espíritu de los eclesiásticos cuando cumplen las funciones religiosas, páginas en las cuales la palabra "dinero", que se repite como el golpe de pedal hueco en un nocturno de Chopin (5), no puede ser leída sin que resuenen en la oreja —para atenernos a la literatura española— el largo famosísimo trecho del Arcipreste de Hita introducido por la exclamación "Mucho faz, el dinero, mucho es de amar", y la no menos famosa constatación de Quevedo "Poderoso caballero es don Dinero"; o como aquélla de la impresionante repetición de la misma sílaba final de una larguisi-

---

cristiandad no ay tierras peor governadas que las de la Iglesia?"; y responde el Arcidiano: "Yo bien lo sé, mas no pensé que los sabíades vos."

(5) "Al baptismo, dineros; a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confessar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la Estrema Unción sino por dineros, no tañerán campanas sino por dineros, no os enterrarán en la iglesia sino por dineros, no oiréis missa en tiempo de entredicho sino por dineros; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros" (pág. 134).

ma serie de substantivos puestos para exprimir la codicia de dinero de la Curia Romana (6).

Mientras que el coloquio entre los dos precede sin sacudiduras, la clara distinción de las partes entre los interlocutores (en la primera parte del *Diálogo)* era causa, y consecuencia al mismo tiempo, de una lengua y de un estilo más blandos: al contrario caracterizan la segunda parte la violencia de las cosas que hay que decir y la urgencia de ellas; el diálogo se desarrolla como si los dos interlocutores perdiesen los respectivos contornos, como si al autor ya no le bastase uno de los dos para expresarse a sí mismo, sino que necesitase de ambos para exponer todos sus pensamientos y sentimientos. La exposición, formalmente todavía diálogo, de hecho es un monólogo distribuido en dos partes, no sabes si para imprimir a la exposición el ritmo más ágil de la pregunta y de la respuesta, o si para hacer confirmar y reforzar en forma directa, por la boca de Latancio, lo que el Arcidiano viene manifestando en forma indirecta, bajo la apariencia de la vacilación, de la turbación en él producida por el escándalo, de la oposición de ideas; y el estilo, dramático, que no admite hojarascas ni pérdidas de tiempo, está contramarcado por un uso casi avaro de la palabra: la cual, con otro expediente técnico digno de ser subrayado, pasa a menudo de una boca a la otra de los dos interlocutores, casi para ligar más estrechamente el pensamiento de ellos (7).

También otros recursos que, además de ideológicos, son también estilísticos y tienen segura eficacia literaria, pueden ser subrayados en esta segunda parte: nos limitaremos a aquel del dejar abierto un problema, simulando un aplazamiento de la respuesta a quien ha hecho la pregunta; es éste un recurso que Alfonso de Valdés usa por bien cuatro veces, las tres primeras (8) con el fin de llamar particularmen-

---

(6) Dice Latancio: "El dinero que havía de pleitos, de rebueltas, de trampas, de beneficios, de pensiones, de spolios, de annatas, de espediciones de bulas, de indulgencias, de confesionarios, de composiziones, de dispensaciones, de escomuniones, de anatematizaciones, de fulminaciones, de agravaciones, de reagravaciones, y aun de canonizaciones y de otras semejantes exacciones, hanlo agora tomado los soldados, como labradores, para sembrarlo por toda la tierra" (páginas 165-166).

(7) Por ejemplo, dice el Arcidiano: "¿No vedes que parecería mal que los clérigos se casassen, y perderían mucha de su auctoridad?"; y responde Latancio: "¿Y no parece peor que estén amancebados y pierdan en ello mucha más auctoridad?" (pág. 138).

(8) Es siempre Latancio quien responde al Arcidiano: la primera vez, cuando éste le pide de decirle "la causa por qué nos parece más grave peccar contra las constituciones humanas que contra la Ley divina" (pág. 155), Latancio contesta dejando la cosa en suspenso: la segunda, a la pregunta "cómo y con qué le a Dios havemos de servir" (pág. 173), aplaza categóricamente la respuesta —que ya no será dada—: la tercera, a la pregunta de qué cosa derive la confusión entre la sustancia y la apariencia del ser cristianos (pág. 207), vuelve a dejar la cosa en suspenso.

te la atención sobre el tema que sigue; la cuarta (9), para dar a Latancio una escapatoria elegante del empacho de tenerse que sustituir al Emperador para manifestar las futuras intenciones de éste.

* * *

La lectura del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, así como la del *Diálogo de Mercurio y Carón*, que aún hay que hacer útilmente, de Alfonso de Valdés, en función de sus características literarias, no quiere ser entendida como una desvalorización de sus características del contenido y de fogosidad polémica, más bien como una integración de ellas. Es completamente explicable que, por las circunstancias en las cuales el *Diálogo* fué escrito y por los hechos que en él se ilustran, el interés suscitado por la obra fuese sobre todo el que fué, es decir, de índole interpretativa de sus finalidades, y de elogio o de crítica de ellas: pero igualmente está bien —o por lo menos esta es nuestra opinión— que debe hacerse una valoración estética del *Diálogo* mismo, y en manera sistemática, en un plan de sensibilidad moderna de lectura. Muchísimos trechos del *Diálogo*, que ya han sido objeto de atención particular en el espíritu ideológico o polémico arriba indicados, pueden ser reexaminados útilmente también a la luz de su eficacia literaria (10); aquí nosotros no hemos pretendido hacer más que llamar la atención sobre el problema, que nos parece se presta aún a útiles consideraciones.

Giuseppe Carlo Rossi.
Via Gabrielle Chiabrera, 52.
ROMA

(9) El *Diálogo* está por acabar; Latancio está hablando del Emperador, y está diciendo: "y es que ... el Emperador devería..." (pág. 223), cuando el sacrestano se da cuenta, improvisamente..., del coloquio de los dos en la iglesia, e interrumpe el discurso, de modo que Latancio dice como cierre: "Mas vamos a Sanct Benito, porque este fraile no nos torne a hechar otra vez" (y el Arcidiano subraya la conclusión: "Bien dezís; sea como mandáredes"), pág. 224; y el lector se queda con el efecto estético de la introducción: y con la curiosidad insatisfecha de saber qué cosa, según Alfonso de Valdés, hubiera tenido que hacer el Emperador.

(10) Valga un ejemplo. En el capítulo anteriormente recordado, dedicado a Valdés, en su trabajo *Erasmo y España*, mientras que observa el hecho de que Latancio, en el momento de decir que en Roma se solían "no solamente vender y rescatar hombres", sino "más aún ánimas", baja la voz, y quiere hablar "a la oreja" del Arcidiano, definiendo eso "precaución rara en el juego de transposiciones a que Latancio se entrega con tanta animación". Bataillon comenta: "La alusión a las indulgencias es tan audazmente 'luterana' que Valdés la vela con un sobreentendido: Latancio no se lo explica al Arcediano más que hablándole al oído" (*op. cit.*, pág. 440). Ciertamente no se quita nada a la exactitud de esta consideración en campo histórico, de Bataillon, interpretando que el hecho de que Latancio en aquel momento baje la voz y hable a la oreja de su interlocutor sea también un acertado expediente literario, y que el cambiar de tono haga parte de aquel juego de luces y de sombras que quiere —y lo consigue— hacer efecto al lector.